

El Sudor del Obrero

Órgano de las Sociedades y de la Agrupación Socialista Obrera de esta Ciudad

Gratis á los Socios



Redacción y Administración: Palacios, 44



No se devuelven los originales

De localidad

Por sabido se calla la lenta, pero continua emigración de los habitantes de este que en tiempo fuera el Gran Puerto de Santa María. Este contingente que viene faltando de ha muchos años, se acentúa ahora más por días, por momentos, es decir, que aquí está el que no puede irse; no solamente trabajadores manuales, si que también de la inteligencia, clase media, señoritos; en fin, para irse, se van hasta las casas con tejas, vigas y herraje; parece ha llegado la hora de sálvese el que pueda; esto que algunos de fuera no lo creerán, es un hecho y pueden comprobarlo, viendo naturales de esta ciudad en casi todos los pueblos de la provincia y en las de Sevilla y Huelva, aparte de los que están en las Américas.

Bien dijo el madrileño que nos visitó, que el Puerto era el mejor pueblo del mundo para dormir la siesta.

¿Causas? La filoxera, que concluyó con el viñedo, base principal de la vida de este pueblo, á donde bastaba tener una viña y algún soleraje, para pasar una vida, si no señorial, pero daba para pasarla regular.

Se perdieron las viñas, y sus dueños hijos de la rutina, con raras excepciones, se encogieron de hombros, viéndolas secarse cepa á cepa y sin tomar ninguna resolución, ni aun la de reclamar de los poderes públicos; á falta de ellos no tener recurso para reponer aquella riqueza que se perdía; naturalmente, á donde se saca no entra. Se agotaron las soleras, se vendió en vacío á los ingleses para sus aguardientes, y aquí tenemos, que la mayoría de los que aquí vivimos, tenemos la cabeza en los pies, porque aquí la viña lo era todo, es decir, que la *Tacita de Plata* que llamaban al Puerto, ha pasado á ser de barro sin vidriado, por cuyo fondo se filtra el poco líquido que en ella se deposita y que aperciben cuatro chupópteros

que quizás ni aun visitan la población por estar en decadencia.

Lo único que quedaba en esta que estuviera en agio, era la marinería y debido á la competencia en los mercados para que la mercancía (pescado) no valga en las plazas lo que antes, y de ello se deriva el que los marineros del *bou* ante la presión de los dueños de parejas, que obligados aprietan sobre los trabajadores, y éstos vayan á ser tripulantes de las balandras en Cádiz y de los vapores de pesca y de la Arrendataria de Tabacos. Al paso que vamos en el Puerto, no quedarán más que las casas negras.

DIEGO VELAZQUEZ

La hojita

Apareció una impresa días pasados, como llovía del cielo, por las calles más transitables de este bendito pueblo, y como todas las de procedencia frailunas, trae una ensarta de disparates, que solamente los fanáticos tontos han de hacer caso de ella.

Aunque muchos la conocen, no nos parece mal reproducir algunas de sus partes, para que todo aquel que la ignore, juzgue hasta donde llega la ambición de esta clase de gente; la hoja va dirigida al presidente del Consejo de Ministros, y empieza así:

«Excmo. Sr.: Insistente, y cada vez más acentuados, vienen circulando rumores, que la prensa recoge y propaga, acerca de los propósitos del gobierno para resolver la malamente llamada cuestión religiosa. Tales proyectos, cuya realización sería un atentado contra los derechos de la Iglesia y contra la voluntad de la nación.»

¿Contra los derechos de la Iglesia y contra la voluntad de la nación? Estos zánganos quieren tener otra vez por lo visto el derecho de poder quemar en plazas públicas, á todo el que no se amolde á sus malévolos deseos, ó á la mujer que no se entregue á sus desenfrenados capri-

chos; pero lo que tiene más sandunga, es lo de contra la voluntad de la nación; miren ustedes que sí, cuando la inmensa mayoría de los españoles, lo que quisieran, como vulgarmente se dice, es verlos á todos en la punta de un cañón; prosiguen diciendo la hoja:

«Los hacen menos increíbles recientes disposiciones ministeriales que dejarán tristes recuerdos en la historia eclesiástica de España, á donde seguramente tendrán que pasar muy pronto.»

¿Con qué pena dirán esto los *po-brecitos!*

Podeis estar tranquilos, que no tendreis que pasar nada á la historia, lo cual sentimos bastante, porque para lo que sirven ustedes, maldita la falta que nos hacen; las que no escapan muy ventajosas, serán las de siempre, las organizaciones obreras, por ser éstas las únicas que amantes á la libertad y al progreso, quieren destruir todo lo que huelga á tiranía y obscurantismo; y sigue la hojita:

«Y como para animar al gobierno á perseguir y atropellar la religión católica, por lo que nuestra patria fué gloriosa y grande.»

Pero qué embusteros son estos *sotanas*.

¿Cuándo ha estado España peor y con menos gloria, sino cuando ustedes la habeis dominado? Por mi parte no conozco ningún hecho que sea glorioso; á no ser que lo digan por la expulsión de los moros de España, que tanta gloria dió á la nación, es decir á los frailes, por ser muy grande la cantidad que á su expulsión le confiscaron. Continua la hoja:

«Se invoca la opinión nacional y el deseo del pueblo; nosotros, que por nuestra obligación recorremos uno por uno los pueblos, y con el pueblo estamos en inmediato contacto, creemos de nuestro deber el acercarnos respetuosamente á V. E. para manifestarle que el verdadero pueblo que paga y trabaja, enriqueciendo con su sudor y con la

obra de sus manos la patria, y levantando con sus ahorros y con su sangre las cargas del Estado.»

Pero con qué suavidad dicen las cosas estos frailes; en vez de esto, porqué no dicen: nosotros que por nuestra conveniencia recorreremos uno por uno los pueblos para no dejarlos resollar y con el pueblo aparentamos estar en inmediato contacto, para que siempre estén ignorantes de sus verdaderos derechos, para que de este modo podamos obligarle á pagar y trabajar para enriquecernos con su sudor y con las obras de sus manos. Al menos, esto es la verdad de lo que hacen, después de otras muchas tonterías, dicen:

«El pueblo, Excmo. Sr. está ahito de libertades y hambriento de pan.»

Aquí tenemos dos cosas que son verdad, y éstas si la han dicho, es porque se le han escapado; efectivamente, el pueblo está ahito, pero no es de libertades, porque ningunas posee, si no es de ustedes; porque á más de no servir para nada útil á la nación, solo procurais llenar vuestro estómago y vuestras arcas y oponerse á todas horas y en todas partes al derecho que como ciudadano tiene el obrero para asociarse: por esto, el que trabaja y todo lo produce, está hambriento de pan; ustedes que no ignorais esto, ni que el obrero está casi encuero y descalzo como así mismo su familia; que no tienen millares de criaturas ni un mal jergón donde descansar de las fatigas y cansancio que les produce el trabajo, ni una raída manta con que abrigarse en el riguroso invierno para no morir de frío; que el mísero jornal del obrero no le permite otra cosa, que comer un mal potaje y un pedazo de pan, viéndose obligado por estas causas á tener que huir en masa á países extranjeros para no morir de hambre; «y ustedes que sois los ministros de Dios que en la tierra aparentais figurar como los más santos y defensores del bienestar humano, no sois ni siquiera uno de vosotros para decir: voy á desasirme, porque esta es mi misión, de todas mis alhajas y de mi inmensa fortuna para distribuirla entre aquellos más necesitados, á fin de que acabe para siempre este estado de miseria porque atravesais; si hoy el obrero carece de pan por no encontrar trabajo donde ganarlo; los ministros de la Iglesia que no carecen de medios para poder dar lo que justamente reclamais para el sostén

de la vida; los millones de pesetas que el Estado nos dá y que para nada necesitamos, más que para vicios ó para acaparar lo que injustamente nos pertenece, será en adelante para invertirlos en obras que sean de provecho para la humanidad y el progreso. Ni aunque volviera y predicara de nuevo sus doctrinas el que fué crucificado, sería lo bastante para que el egoísmo personal que en sí encierran todos los llamados católicos se trocara en hechos de justicia y humanidad.

Para terminar vamos á ocuparnos otra vez de la hojita que en su último párrafo, dice:

«Esperando que V. E. sabrá evitar que se vulneren los derechos de la Iglesia con disposiciones legislativas, contra las cuales seríamos los primeros en protestar, recordando á los fieles que hay disposiciones que no obligan, que se debe obedecer á Dios antes que á los hombres y se ha de temer, no á los que solo alcanzan á quitar la vida de los cuerpos, sino más bien, al que además de esto puede privar de la vida eterna de las almas.»

De manera, que porque el pueblo quiere desasirse de esta plaga es amenazado por todas partes, hasta el descanso de las almas en la vida eterna; pero qué poder tienen estas gentes hasta con la corte celestial.

CLIMACO.

Nerón y Pepín

(CUENTO)

Hacia un mes que habia muerto el administrador del rico Marqués, y todos los operarios que trabajaran á las órdenes de aquel hombre justo y sencillo, cuchicheaban por los rincones del inmenso taller, y en sus semblantes se podía leer el descontento, á la vez que por sus miradas á un hombre de aspecto grosero y mal vestido, que miraba á todos lados, como el que no conoce nada de lo que vé, se adivinaba la desconfianza de aquellos honrados trabajadores.

¿Quién será este huésped?, se preguntaban. ¿Será el nuevo administrador? Estas y otras preguntas se hacian, hasta que llegada la hora de dar mano, vieron con asombro que el encargado cerraba todas las puertas y le entregaba las llaves á aquel desconocido.

Ya no cabia duda; aquel hombre de mirada feroz, de indumentaria sucia y raída y de voz de trueno, era el que venia á sustituir á aquel otro en el que los trabajadores encontraban más que á jefe á un padre. Quejábese aquel buen señor de tener que reñir á cualquier obrero,

como así mismo hacia lo posible por tenerlos contentos y gozaba infinito cuando habia mucho trabajo, porque así no tenia que despedir á ninguno. Visitaba á los enfermos; los socorria en sus desgracias: nunca los detenia trabajando más tiempo que el reglamentario, ni les ocupaba en otras faenas que no fueran de su incumbencia, jamás los obligaba á que fueran á misa ni al sermón, ni menos se metía en que profesaran tal ó cual idea política.

Era este hombre el modelo de la honradez y de la virtud.

No habia transcurrido dos semanas, cuando ya Nerón—asi le llamaban al nuevo administrador—habia hecho mangas y capirotes de las buenas costumbres que sentara su antecesor, y ya no habia horas para nada, y mandaba cien cosas á la vez, y hacia que los trabajos se hicieran de cualquier modo y atropellado, y se indisponia con todos, y desconfiaba de todos, y no respetaba cosas ni ideas y amenazaba á cada momento con el paro, si no se hacia todo lo que á su ruin cacumen se le antojaba.

Aquella administración era una mina para aquel hombre ambicioso.

Llegaba su ambición hasta á despedir bruscamente á los corredores que iban á proponerle cualquier mercancía é investigaba quienes eran los dueños de aquella, para de ese modo ser él solo el que se ganara la comisión. Cuando no, hacia que un amigo suyo hiciera el negocio, como si fuera verdadero dueño, y después se lo compraba él, vendiéndolo á la casa, al precio que él tenia por conveniente.

En todos los trabajos procuraba llevar obreros que supieran poco, para darles menos, y de ahí que cada obra costara á su dueño un dineral y á él le resultara un bonito negocio. Jamás queria que ciertas cuentas fueran puestas á nombre del verdadero dueño, sino al de un amigo suyo, con el que obraba de común acuerdo. Así se ocupaba en comprar materiales viejos, á los cuales le ponía el precio que le venia en gana, y los introducía en la casa como si hubieran venido de fábrica.

Era Nerón el conjunto de todas las plagas sociales.

No habia transcurrido un año de su llegada al pueblo y ya habia comprado una magnífica casa y un hermoso campo, y tenia coches y criados y todos veian que las obras de reparación en sus propiedades, se hacían con materiales y operarios de aquel rico que confiaba sus bienes á manos tan mezquinas.

En este tiempo llegó á tanto su desconfianza para con los trabajadores, sin que estos se mezclaran nunca en nada y fueran más houradas que él por todos los conceptos, que decidió traerse para que le sirviera de espía, á un hijo suyo, que á la sazón se encontraba estudiando en la

capital y que era tal en todo el «simpático» Pepín, que cada examen que hacia era un tremendo calabazazo que le propinaban sus profesores, como prueba de su ignorancia y estupidez.

Apenas llegó, hubo de lucir la «criatura» sus habilidades, descomponiendo y rompiendo cuanto encontraba a su paso, entreteniéndose en hacer barquitos de madera, cuando no martirizando a los anima es, ó despotricando contra los que profesaban ideas contrarias a las de su digno papá, y por último, calumniando e insultando a los obreros. Tal era el monísimo angelito, de modales de esteta, que le Providencia les habia enviado a aquellos infelices.

Pasaban meses y años y cada vez eran más groseros los modales de uno y otro, y cada día se hacia más imposible el poder sufrir los mandatos arbitrarios de uno y los insultos de otro. Parecía que padre e hijo se habian conjurado contra los antiguos operarios del Marqués, a fin de que abandonaran la casa ó buscar un pretexto para despedirlos, y quitarse así de encima a aquellos que habian visto sus tropelias y podian descubrir tantas infamias.

No descansaban uno y otro, hasta ver el modo de conseguir su infame intento; y así, a uno porque estuvo enfermo, quince días, a otro porque pidió lo que le adeudaba por su trabajo, a otro por su puesta desobediencia y a ninguno por verdaderos motivos y sí por caprichos, los fueron arrojando a la calle, dejando sin pan a muchas familias.

Trataban sólo de rodearse de operarios desgraciados, que trabajaban por un mezquino sueldo y los tienen ocupados día y noche, de esos que son aduladores y ejercen de policías sobre sus mismos compañeros, de esos que ni aun sus familias les importa.

No paraba aquí el tal Nerón; en sus reuniones particulares trataba de demostrar su honradez y la justicia de sus actos, diciendo que los operarios eran unos canallas, unos ladrones y todo lo más malo que de su venenosa boca podía salir.

Aquel modo de proceder tan infame, no podía quedar envuelto en el misterio. No era posible que aquellas riquezas que ostentaba Nerón, fueran ganadas por una labor continua y honrada; no era posible que todo aquello que hablaba de sus antiguos operarios, fuese cierto; no era posible que todos los demás encargados en las diferentes industrias del Marqués, fueran a amoldarse a él, para perjudicar su honra y perjudicar al que tanto bien les hacia; no era posible que unos y otros, altos y bajos, fueran unos miserables, como él hacia creer a sus amigos: los miserables, los mal educados y los ladrones, supo todo el pueblo quienes eran: ¡Nerón y Pepín!

La Justicia habia triunfado. Todo se habia descubierto; todo habia salido a relucir, como reluce el sol en día despejado. Las víctimas que habia causado el déspota Nerón, se habian unido, y ante el pueblo que hasta entonces no empezaba a desconfiar, fueron descubriendo uno a uno, todo lo que les habia ocurrido: allí expusieron todo lo que habian visto hacer a Nerón, con lo que estaba bajo su custodia; allí sus compra-ventas, para lucrarse; allí su proceder para con todos; allí el modo de despedir a los obreros, ofreciéndoles avisarles, para no hacerlo nunca y verlos perecer de hambre; allí sus malvades y hasta se vió claramente que era más digno de estar en un pesebre atado que no ocupando tan alto puesto: a tanto llegaba su ignorancia, que no sabia llevar los libros. Así se vió cómo llegó a encumbrarse tanto el semi-pordiosero, que años antes se habia presentado en los talleres del Marqués, ignorando cuanto veía.

Allí se vió cómo el imbécil Pepín despedía al operario que era instruido y alguna vez tuviera que darle lecciones, y allí se vió que padre e hijo obraban de común acuerdo, despidiendo a los trabajadores antiguos y honrados, para tapar sus infamias.

El pueblo pedía las cabezas de aquellos monstruos; pero enterado de todo, el anciano Marqués, púsose en camino y colocó a cada cual en su puesto, abonándole los daños que habian sufrido. Destituyó de sus cargos a aquellos ambiciosos y de nuevo reinó la paz.

Cuatro años después se veían a la puerta de una casa miserable unos carreros cargar muebles viejos y rotos y a un joven raquitico, que no paraba de mandar, traer en un sillón a un hombre de edad madura, en estado paralítico, pero que hablaba. Eran el administrador y su hijo Pepín, los cuales vieron perecer entre las llamas, todo el producto de sus raterías, y huían del pueblo en vista de que todos los despreciaban y se encontraban en la última miseria.

Así acaban los días los miserables explotadores, como Nerón y Pepín.

RAFAEL RIVERA.

Puerto 14 11 1906.

QUERIDO COMPAÑERO *Anastasio Renato*

Cumpliendo lo ofrecido a tu partida de ésta, de notificarte cuanto ocurriera en el Municipio, te escribo la presente, solo para demostrarte que tenga palabra, pero no porque ocurra nada que sea digno de mención.

Aparte de cuatro tontos que reclaman sus haberes por atrasos, pasando según acuerdo del consejo a la comisión respectiva, para que se

incluyan en los presupuestos del año venidero, y de la distribución de los fondos del mes, no ha habido más asunto de interés que el proyecto del camino al balneario, que como todos los años por este tiempo se habla de lo mismo, pero que cuando llega la calamidad como ellos llaman a la crisis obrera, no se hace nada y se recurre a la boba como medida salvadora.

De los presupuestos, no hay que decir. Todo el mundo está convencido de que a nuestros munícipes no les conviene hacer unos presupuestos con arreglo a los ingresos de que desaparezcan por inútiles, lo mismo el inspector de los servicios públicos que el comandante de la fuerza, como también otros muchos empleados de la casa, que a ciencia y paciencia de sus jefes, abandonan sus obligaciones para atender a sus negocios particulares incluso el de usura como hay algunos, mientras los hombres probos perecen de necesidad. Pero esto no pueden hacerlo quienes como dice muy bien nuestro estimado colega el *¡Alerta!*, «son unos indocumentados que sacrifican al pueblo en beneficio propio y de los suyos.»

Esperemos ahora a ver lo que da de sí el mes de las tortas. Pero sin aguardar nada por supuesto de nuestros papás del pueblo que ya han hecho lo bastante para tener derecho al descanso. Por qué, ¿no es nada haber hecho un informe sobre lo que se necesita para solucionar el problema de las aguas, otro informe de la comisión y del maestro titular sobre el camino del balneario, sin contar la que nuestro alcalde ha hecho y está haciendo particularmente en unión de nuestro diputado? Bien decía un concejal de la mayoría lamentándose de la ingratitude de algunos para con su alcalde: lo aburren, lo van a aburrir y.... la verdad, que sería una lástima.

ANGEL MARTINEZ

¿Quién eres?

Esto me pregunto al ver con el desprecio y orgullo que nos miran los ricos. Los grandes de la tierra se figuran que los títulos y las riquezas son recompensas dadas a su mérito, y que su esencia es más pura que la del pobre; creen que esto se les debe, y por lo mismo, cuando la providencia se las quita, la llaman de injusta.

¡Oh, irrisión y ceguedad!

¿Ay acaso alguna distinción en el cuerpo?

La piel del pobre ¿no es igual á la del rico?

Y sin embargo, mientras el poderoso duerme bajo sus artesonados dorados al abrigo del frío; no piensa en los millares de criaturas que están echados en una poca de paja.

El desgraciado que sufre hambre ¿no es acaso tu igual? A estas palabras tu orgullo se subleva, lo sé muy bien; ¡tú consentirás en darle una limosna; pero darle la mano y estrechársela, nunca! ¿Qué dices?, yo de noble extirpe, grande de la tierra, ¿voy á ser igual á ese por-diosero andrajoso? ¡Si fuésemos iguales! ¿por qué Dios les hubiera colocado tan bajo y á mí tan alto?

Es verdad que vuestros vestidos no se parecen mucho; pero desnudos los dos, ¿qué diferencia habrá entre nosotros? Dirás que la nobleza de la sangre; pero la química no ha encontrado diferencia entre la sangre de un gran señor y la de un plebeyo; entre la del amo y la del esclavo.

¿Quién te ha dicho, que tú mismo no podrás ser un día un miserable desgraciado?

¿Que no has pedido limosna?

¿Que no la pedirás un día al mismo que desprecias hoy?

¿Acaso son eternas las riquezas? ¿No acaban con el cuerpo, envoltura perecedera de tu espíritu?

Desechad para siempre el orgullo, y echad, en fin, una mirada sobre la realidad de las cosas, sobre lo que constituye tu grandeza y el abatimiento de pobre; piensas que la muerte no te respetará más que á él; que tus títulos no te preservarán de ella; que puedes herirte mañana, hoy, dentro de una hora, y si te sepulta con tu orgullo, entonces te compadezco: aquéllos que padecieron miseria por tu culpa, al recordar criminalidades, viéndote bajar á la sepultura exclamarán: convencidos de la realidad: ¿Y ahora, quién eres?

PEPÍN.

Carta abierta

Para el Director de EL SUDOR

Amigo y compañero: Cumpló con lo que me encargas, de que te mande algo para nuestro periódico.

Nada más grato, y me dispensará no gaste *floreo*, porque teniendo la cabeza llena de *maera*, no es posible, como puedes suponer, discutir bien; esto aparte de no poder coger la pluma, por lo dolorida que tengo la de *escantonar* por tanto tiempo de paro.

¿Que de qué voy á hablar hoy que me hallo lejos de la «patria chica?» Pues del trabajo, porque nosotros los pobres, esto es, los que vivimos del sudor propio, en cualquier *polo* que nos encontremos, siempre hemos de sentir los *eflujios* de ese «Sol», de ese «Astro», de ese «Poder», en fin, de esa palanca que no halló Arquímedes en que apoyarse; pero que la ha hallado el Dios capital, para gozar y triunfar en este «valle de lágrimas», por nuestra ignorancia, porque somos la que la movemos.

¡El trabajo! he aquí para nosotros el caballo de batalla, el pan nuestro de cada día, por que suspiramos y no lo hallamos, y al hallarlo, como yo he tenido la «suerte», como dicen las comadres, aunque sea por unas semanas, ¡ay! qué *duro* se presenta. Es decir, el trabajo no es duro, porque según han convenido las «fieras vivas», dignifica, ennoblece, porque es virtud, aunque el que lo manipula, en lugar de elevarse, se encorva, hasta formarse un arco.

Lo que es duro, amigo, son los *palos* que estoy labrando, que si valieran comparaciones, ¡ay! yo los compararía con el corazón del avaro, con el mar cuando está descompuesto y con algunos burgueses de abultados abdomen, por los gordos, los mal puestos y lo duro que son, no faltando aquí, como ahí, Alah que los *levanten*, uno á uno y no haya protección.

¿Que estas dificultades pueden estar recompensadas con lo otro?.. Vamos á correr una manta y no sigamos más con los palos, ó sea con la *maera*.

Hablemos, pues, amigo, de lo que codiciamos, porque para nosotros los que vivimos del trabajo, debemos buscar también la palanca, para apoyarnos y hacer menos penosa nuestras vicisitudes y esa palanca es la Sociedad, que tanto se echa de menos, cuanto más apartado se está de ella.

Sí; yo recuerdo mucho lo que esa madre ha dado á todos sus hijos, cuando éstos le han mirado bien; pues recuerdo que en tiempo no lejano, había establecido para ellos un taller y en éste hallábamos el pan, que aunque no fuera muy abundante, era lo suficiente para que no emigráramos.

Yo recuerdo ahora los sacrificios hechos por nuestra Sociedad y lo olvidados que han sido por muchos camaradas, y en este sentido, yo desearía ver á éstos con el entusias-

mo, como tenemos nosotros, por la unión del gremio, para poder llevar adelante la noble causa del trabajo.

Sin la fé y la constancia de que muchos compañeros vienen dando pruebas, siempre viviremos hechos unos esclavos; así es que si valen algo estas cuartillas, escritas apartado de ustedes por la necesidad del vivir, por hallar hoy en otra región, lo que la «patria chica» nos niega, precisa por que los compañeros tengán verdadera unión, por que no siempre el trabajo ha de estar despreciado en nuestro pueblo y tengo la confianza de que resurgirá otra vez en beneficio de todos los que apoyen á la Sociedad.

Concluyo por no molestar más, y con un abrazo á todos los buenos luchadores, se despide de ustedes este vuestro compañero.

25-11-906. ANASTASIO RENATO.

— A R A Ñ A Z O S —

Pasan cosas en algunas bodegas, que si no se vieran, tuviéramos que dudar de la verdad; en la que administra D. Joaquín Vich, no solo ha tomado á los op-rarios por mozos de cordel, sino que hasta el capataz tiene que ejercer esta profesión.

¡Que sea un señor capataz la irrisión de cuantos le conocen, al verle cargado como un burro porque al señor administra lor se le hace gravoso el tener que pagar á un mandalero.

A no ser que el dinero de estos mandados los esté reuniendo para comprarse el *pobrecito* unos pantalones como aquellos tan remendaditos que trajo al hacerse cargo de la bodega.

Mas conveniente fuera para este señor, cargara él con lo que hubiera que llevar á la estación ó al muelle, á ver si con el peso se le reventaba el grano que tiene en el pescuezo, ó todo él, como un triqui-traque.

¿Quereis votar?, pues la ocasión es un prodigio; nos dicen que se está recogiendo firmas en las escuelas católicas á los alumnos de ambos sexos, contra la ley de Asociaciones, diciendo á las criaturas que van á venir los moros y les cortarán el cuello, si no dan su nombre.

¡Pues, vaya!, estaremos con cuidado sobre el asunto, para proceder; que por lo demás, falta hace que venga el Moro Muza y arregle á los barbíanes y barbíanas se que han metido en esto, aunque repetimos que estamos á la vista.